



Santa María Madre de Dios 2014

Jornada Mundial de la Paz

En la Navidad hemos celebrado el nacimiento del Hijo de Dios y hoy celebramos a la Madre que le dio a luz. La Virgen María es la Madre de Dios porque el niño Jesús fue concebido en su vientre por obra del Espíritu Santo y es el Hijo de Dios. Así se lo había anunciado a María el ángel Gabriel: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo de cubrirá con su sombra; concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 31. 35).

El apóstol Pablo nos ha enseñado en la carta a los Gálatas (4, 4-7) que el hecho de la maternidad virginal de María aconteció **“cuando se cumplió el tiempo”**, **“cuando llegó la plenitud del tiempo”** (Gal 4, 4), es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). *“Llevado de su amor -leemos en la carta a los Efesios- (Dios) nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en un himno de alabanza a su gloria”* (Ef 1, 4-6). Y la misma carta continúa diciendo: *“(Dios) nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra”* (Ef 1, 9-10).

En este último texto se ha señalado que la historia humana alcanza su plenitud en el tiempo de la vida y glorificación de Cristo. En efecto, la historia de la humanidad ha alcanzado su momento de plenitud cuando el Hijo de Dios hecho hombre nos ha llevado a la plena conciencia y reconocimiento de que somos hijos de Dios, herederos de los bienes de su reino y autorizados para clamar a Dios con confianza ¡ Abba! ¡Padre! **Reconocer este lugar central que Dios ha asignado al hombre en el mundo es signo de la plenitud del tiempo.**

Hoy iniciamos el año 2014 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en la primera lectura de hoy. En efecto, el breve texto del libro de los Números nos ha recordado la fórmula entregada por Dios a los sacerdotes para bendecir en su nombre a los israelitas, con el compromiso garantizado de su eficacia. Esta es la oración de bendición: *“El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”* (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo al **mostrarles visiblemente su rostro en Jesús**, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos,



cuando afirma que Dios “*nos ha hablado por el Hijo*”, el cual “*es reflejo de su gloria*” (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: **Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.**

La fiesta de Santa María, Madre de Dios, nos invita a centrar especialmente nuestra atención en esta afirmación de la carta a los Gálatas: “*nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción*”. En esta frase se comienza a acentuar que María es la madre del Hijo de Dios en función de la misión de Jesús en favor de todos los hombres: para que cuantos reconocen la gloria del Hijo único del Padre reciban el poder para ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12). Es decir, ser la Madre del “*Hijo único de Dios, que es Dios y está en el seno del Padre*” (Jn 1, 18), es ser la Madre de Dios y de todos los que recibimos por la fe en el Hijo único el poder de ser hijos de Dios por adopción.

La adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, consignado en un documento, sino por el don del Espíritu. Así lo afirma explícitamente el texto de la carta a los Gálatas: “*Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios*” (4, 6-7). El envío del Espíritu a nuestros corazones da origen a nuestra condición de hijos y es la prueba de que somos hijos de Dios, a la vez que es la garantía de nuestro derecho a participar en la herencia del Hijo único.

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Esta herencia se ha transmitido también como obra del Espíritu Santo. María concibió al Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y es madre de los que vivimos en Cristo por el don de su Espíritu. Es decir, el Espíritu Santo nos hace hijos de María al hacernos participar de la vida de su hijo Jesús. Por ello, la maternidad de María respecto de Jesús es el modelo para comprender su maternidad respecto de nosotros. Y Jesús es el modelo de nuestra forma de ser hijos de Dios e hijos de María.

De María tomó el Hijo de Dios su carne y su sangre. Pero lo decisivo no es nacer de carne y de sangre, ni de amor mundano, sino de Dios (cf Jn 1, 13). Y Jesús declaró dichosa a su madre no por haberle tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). Pues la maternidad de María tiene como fin el nacimiento de la verdadera familia de Jesús, que está constituida por los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica; éstos son la madre y los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-21).

La lectura evangélica nos ha conducido una vez más al pesebre de Belén. Allí se encuentra el niño recién nacido: hijo de María porque lo ha dado a luz e hijo de José según la ley (cf. Gal 4, 7); un hijo que, sin embargo, sólo Dios podía darnos al ser concebido en virtud de la acción del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35).



El anuncio del nacimiento del Mesías hecho por los ángeles a los pastores (cf. Lc 2, 8-15) ha iluminado sus corazones por completo; la palabra que proclamaba el cumplimiento de la promesa dirigida a los hijos de Israel los ha movido a correr hacia el lugar del nacimiento, donde encuentran todo tal como se lo había indicado la palabra del ángel: “María, José y el Niño, acostado en el pesebre”. Y ese niño, acostado entre pajas y envuelto en pañales, que expresan su pequeñez, su impotencia, su condición plenamente humana, es reconocido por los pastores como el Mesías ya nacido en el seno del resto de Israel, aquella porción de hombres y mujeres humildes y pobres que esperaban sólo al Señor (cf. Sof 3, 12-13). Y todos los que han contemplado la escena se convierten inmediatamente en testigos y comienzan a narrar la novedad de aquel nacimiento a cuantos encuentran, transmitiendo también, junto con la buena noticia, su admiración y su alegría por la acción cumplida por Dios de una manera tan escondida y humilde, a la vez que tan evidente a los ojos de la fe.

María, por su parte, ve, escucha, medita y da vueltas en su corazón a estos acontecimientos, y llega a encontrar en la inesperada venida de los pastores la confirmación de lo que se le había anunciado por el ángel a propósito de su hijo.

El Niño nacido es un primogénito (cf. Lc 2, 7), un hebreo hijo del pueblo santo, y como tal llevará en su carne la señal de la alianza con Dios, la circuncisión (cf. Gn 17). Junto con esta señal recibe un nombre que indica la total pertenencia de ese hijo a Dios y el contenido de su misión. Ese nombre es Jesús, que significa “el Señor salva”, o sea, el Salvador. En el momento de recibir ese nombre, Jesús derrama sangre, del mismo modo que en la cruz, al derramar nuevamente su sangre hasta la muerte, recibirá de Dios el nombre de Kyrios, Señor. Y María, que hoy se nos muestra como la madre de Jesús, será reconocida también como Madre de Jesús hombre y Dios, como Madre de Dios y madre adoptiva de los hijos de Dios.

La Navidad es el anuncio de la paz a todos los hombres a los que Dios ama; es la fiesta de la fraternidad universal de los hijos de Dios. A este significado de la Navidad ha respondido el Papa Francisco con su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz sobre **“la fraternidad, fundamento y camino para la paz”**.

La fraternidad entre los hombres nace del reconocimiento de la paternidad de Dios, según la expresión de Jesús: *“Uno sólo es vuestro Padre, el del cielo,” ...”y todos vosotros sois hermanos”* (Mt 23, 8-). Y la fraternidad es el fundamento principal del respeto de los derechos humanos, de la solidaridad, del compromiso para vencer la pobreza, de la justa ordenación del sistema económico, de la lucha contra la guerra, la corrupción y el crimen organizado, del respeto al destino universal de los bienes y al equilibrio de la naturaleza.

El Papa concluye su Mensaje diciendo: “La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor que viene de Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad. El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si pueden moverse en el amplio espacio asegurado por esta



Carlos López Hernández

apertura a Aquel que ama a cada hombre y cada mujer, la política y la economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz... Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar la paz a todos los hombres de esta querida tierra nuestra”.

Salamanca, 1 de enero de 2014